

Mínimas gotas de filosofía “El Otro”

Platón dice de dos personas que buscan la verdad de la justicia: “sería insensato que se engañaran mutuamente”
(República, 336e).

A eso de las diez de la mañana de un día de febrero del '69 un argentino que enseña en Harvard está recostado en un banco frente al río Charles, al norte de Boston. Escribe: “Yo había dormido bien; mi clase de la tarde anterior había logrado, creo, interesar a los alumnos”.

Durante los tres años siguientes este profesor mantendrá en secreto el episodio que ocurre entonces; primero, víctima del insomnio, quiere olvidarlo “para no perder la razón”. Después decide escribirlo: de ese modo todos lo leerán como un cuento y espera: “con los años, lo será tal vez para mí”. Si bien, mientras duró, la experiencia fue “casi atroz”, “esto no significa que su relato pueda interesar a un tercero”.

¿Por qué a un tercero y no a otro, al famoso “alter” que es “el amable lector”?

El relato sigue: “Sentí de golpe la impresión (que según los psicólogos corresponde a estados de fatiga) de haber vivido ya aquel momento”. Creo que es Bergson quien ha dicho que la sensación de *déjà vu*, de haber vivido antes un episodio que nos ocurre ahora, es ilusoria: es el

* *Variaciones Borges* tiene el honor de publicar, a título de primicia, el presente texto de Ezequiel de Olaso, amigo de la revista y gran filósofo y estudioso de Borges. El texto reproduce tal cual (con excepción del título) el capítulo “El otro” del libro póstumo: Ezequiel de Olaso. *Jugar en Serio. Aventuras de Borges*. México: Ed. Paidós / Universidad Nacional Autónoma de México. Colección Iberoamericana de ensayo, 1998. Los editores agradecen a los herederos del autor y a la Editorial Paidós su amable autorización para publicar este ensayo.

cansancio el que nos lleva a imaginar que eso que nos ocurre ya nos ha pasado antes, cuando en rigor no registramos una observación pasada que es la que alimenta la sensación actual. ¡Qué casualidad que nos encontramos con Alicia justamente cuando estábamos pensando en ella! La explicación racional es que vimos antes su coche y sólo lo notamos con un mínimo de atención, casi sin memoria, y fue eso lo que nos hizo pensar en ella (cf. la nota al final de este capítulo). La sensación del profesor de haber vivido aquel momento no puede proceder del cansancio porque el relator nos acaba de confesar que la noche anterior "había dormido bien". Entonces hay que descartar el cansancio. Aquí hay una señal de que realmente el relator ha vivido lo que ahora le pasa y acaso también lo que le va a pasar. (¿Acaso también de que esta experiencia retornará eternamente?).

En el otro extremo del banco se ha sentado un muchacho que comienza a silbar. El relator dice: "Lo que silbaba, lo que trataba de silbar (nunca he sido muy entonado), era el estilo criollo de *La tapera* de Elías Regules"

(Hay un detalle estilístico: las dos observaciones reveladoras están escritas entre paréntesis, como al pasar).

Enseguida el otro empieza a entonar la letra con una voz que quiere imitar la voz del primo de ambos. (El Viejo no recuerda aquí, pero sabe, que él siempre detestó su tono de voz y que cuando fue joven quiso imitar la de su primo Álvaro Melián Lafinur. Esta secreta coincidencia familiar ahonda la experiencia y provoca el diálogo).

El relator dice: "Señor, ¿usted es oriental o argentino?", "Argentino, pero desde el catorce vivo en Ginebra." Después de una pausa larga el relator pregunta: "¿En el número diecisiete de Malagnou, frente a la iglesia rusa?" El otro asiente. "En tal caso -le dije resueltamente- usted se llama Jorge Luis Borges. Yo también soy Jorge Luis Borges. Estamos en 1969, en la ciudad de Cambridge." "No -me respondió con mi propia voz un poco lejana. Al cabo de un tiempo insistió: -Yo estoy aquí en Ginebra, en un banco, a unos pasos del Ródano. Lo raro es que nos parecemos, pero usted es mucho mayor, con la cabeza gris."

Ahora están lado a lado, por momentos estarán frente a frente, dos hombres que tienen el mismo nombre y que comienzan a luchar, incruentamente. El viejo por demostrar que ambos son el mismo. El muchacho por rebatir o ignorar las razones del viejo. Con temple diverso los dos están tal vez dominados por el terror de admitir que su destino

está íntegramente determinado o porque tienen horror al doble, o por ambas cosas, que son obsesiones de los dos Borges.

(Poco después de la publicación de *El Libro de Arena*, que se abre con "El Otro", le conté a Borges que en la Universidad de Campinas, en Brasil, había un alumno que se llamaba Azevedo Borges. Obviamente el orden que tendrían sus dos apellidos si sus antepasados hubieran permanecido en Portugal. Nunca pude imaginar que esa noticia banal pudiera infligirle una tan terrible impresión).

Aquí conviene mencionar que Borges gustaba recordar, y modificar siempre levemente, la observación de Carlyle: "La historia universal es un texto que estamos obligados a leer y a escribir incesantemente y en el cual también nos escriben" ("Epílogo" en *OC I*, p. 1145; con variantes en "Magias parciales del Quijote" en *Otras Inquisiciones, OC I*, p. 669).

(Es interesante que "fatalidad" proviene de "fari", pronunciar, discernir. La idea es que de algún modo inalcanzable alguien dijo lo que seríamos. Durante millones de años fuimos dichos. En nuestra reciente era, nos escriben).

Aparente dueño de toda la historia, el Viejo muestra una calma falsa. El chico, ansioso por defender su libertad, está siempre a la defensiva y no cede. El Viejo se siente vagamente ultrajado por sus dudas, se siente tratado como un mentiroso y se propone convencer al muchacho de que ambos son la misma persona. La experiencia que viven Borges el Joven y Borges el Viejo es de una índole especial. Quisiera buscar un contraste fuerte que nos ayude a verlo bien y rápidamente.

I

Como ustedes saben, la filosofía moderna se constituyó cuando se tomaron algunas decisiones drásticas (aunque no gratuitas) respecto del conocimiento humano, una de las cuales es que no conocemos el mundo directamente. Lo que conocemos directamente son ideas mentales. A esta nueva instauración del hombre en el mundo -si se quiere fuera del mundo- se la llamó "el camino de las ideas". Algunos filósofos extremaron esta tendencia, como Berkeley, y afirmaron que sólo conocemos ideas. A esto se llamó "idealismo" por excelencia. Ahora ¿cómo sé que mis ideas concuerdan con la realidad si sólo tengo ideas? Es como encontrar que el rostro de una fotografía revela un extraordinario parecido con el original, cuando no conozco el rostro original. Entonces si sólo conozco mis ideas, las ideas que están en mí, yo estoy solo con mis

representaciones, "yo solo", *solus ipse*; a esto se llamó "solipsismo". Si yo estoy solo con mis representaciones (mis pensamientos, mis imágenes), entonces no hay una diferencia substancial entre estar en vigilia y soñar. Yo diría que un buen berkeleyano como Borges no descartaría que quizás ahora sueño que estoy en el Teatro San Martín, ante un abigarrado conjunto de espectadores amables.

El idealismo prepara a Borges para apreciar un sueño chino que tuvo lugar hacia el 400 antes de nuestra era. Chuang Tzu soñó que era una mariposa y no sabía al despertar si era un hombre que había soñado ser una mariposa o una mariposa que ahora soñaba ser un hombre. En otra versión en primera persona se lee: "Soñé que era una mariposa que andaba por el aire y que nada sabía de Chuang Tzu" ("Nueva refutación del tiempo", en *OC I*, p. 768).

A comienzos de este siglo hubo en Gran Bretaña una reacción fuerte contra esta tendencia. Uno de los adalides de la lucha contra el idealismo, y que en este caso se dobló de una reivindicación del sentido común, fue G. E. Moore. Su manera predilecta de destruir el idealismo en las conferencias era levantar la mano frente al público y decir: "Sé que ésta es mi mano" (ensayaba variantes poco arriesgadas como "Sé que ése es un árbol", señalando un árbol, o expresiones que no iban seguidas de ostensiones, como "Sé que nunca estuve en Saturno", "Sé que nunca estuve a una distancia de treinta millones de kilómetros de la Tierra", etc.). Como Moore era moderno, creía que su mano formaba parte del mundo exterior; entonces sabía, conocía, que el mundo exterior existía, con una certeza equivalente o mayor que la que podían exhibir los idealistas acerca de sus ideas.

Esa curiosa y expeditiva prueba chocó a Wittgenstein. La última obra que escribió, un cuaderno de reflexiones que llamó *Über Gewissheit* (*Sobre la Certeza*), enfrenta la frase de Moore y trata de mostrar que éste está ofreciendo una "prueba" completamente equivocada. Su argumento, que no elude diálogos imaginarios con Moore, con el espectro de Moore, se puede resumir así: "Usted no 'tiene conocimiento' de que ésa es su mano; usted 'está seguro' de que ésa es su mano. El conocimiento pertenece a una categoría. La seguridad, la creencia, la certeza, pertenecen a otra categoría". Para acreditar que yo conozco algo, yo tengo que estar en condiciones de reconstruir el camino que seguí para obtener ese conocimiento (ésta no es una observación de Wittgenstein sino de Carnap, pero ilumina lo que dice Wittgenstein); de todos modos no hay que pelearse por eso: ya Platón decía que conocer era "dar razones" (*logon didonai*), [*República* 534b]. Reconstruir el camino es algo

así como poder ofrecer las razones que me justifican para tener ese conocimiento. En cambio, lo peculiar de las certezas, de las creencias, es que son comunes a todos y que nadie sabe exactamente cómo las adquirió. (Estoy empleando “creencia” en un sentido muy general, como la creencia que tenemos de que el suelo de Buenos Aires no se va estremecer con un terremoto. Esto nos parece la realidad misma y sin embargo no es más que una creencia, por supuesto afianzada aunque contingente: los habitantes de Lima, Acapulco y Los Angeles no la comparten sin medulares estremecimientos). Dicho con brutalidad: los conocimientos son racionales; las certezas, las creencias, son a-rationales. Si yo dijera, en serio, que tal vez estoy soñando y que acaso no estoy en el Teatro San Martín ante un público amable, Wittgenstein haría notar que eso no sería un error o una falsedad (lo contrario de un conocimiento) sino que indicaría que yo estaría loco, diciendo sinsentidos, (esto es, lo contrario de una certeza común).

(Solemos emplear en español “saber” para referirnos a conocimiento y a creencia, es decir que esa expresión es ambigua. Tal ambigüedad sería juzgada fatal por Wittgenstein. Sin embargo, él consideraba que el significado es el uso ordinario: si hubiera sido coherente con su observación metodológica tendría que admitir la ambigüedad del uso ordinario y no introducir usos filosóficos que consideraba ruinosos. Esa distinción es fértil y para respetarla empleo, algo artificiosamente, “tener conocimiento” para referirme al saber de conocimiento y “tener certeza” o “estar seguro” o “tener una creencia” para referirme al saber de la segunda índole).

En una de las reflexiones de ese libro, Wittgenstein se imagina sentado en el césped junto a Moore; periódicamente Moore levanta la mano, apunta a un árbol y dice cuidadosamente: “Sé que ése es un árbol”. Pasa una persona que ve la escena y Wittgenstein le comenta: “No se preocupe, mi amigo no está loco, sólo está filosofando”. Es decir, está empleando el lenguaje en un contexto especial, fuera del contexto del uso ordinario; está inventando un juego del lenguaje diferente de los juegos de lenguaje en que la expresión tiene un sentido asignable. (Aquí aparece esa idea de la filosofía que no vamos a analizar).

Lo que nos importa es que todos sabemos que ése es un árbol pero lo sabemos de una manera muy especial: tenemos la certeza absoluta y la tenemos todos. (La escena recuperaría normalidad si, por ejemplo, entráramos en la famosa discusión argentina –donde ponemos a prueba nuestro acendrado criollismo– acerca de si el ombú es un árbol o una planta). Pero en el caso de que apuntemos a un árbol inequívoco el sen-

tido de la expresión "Yo sé que ése es un árbol" no puede hacerse inteligible. Curiosamente, ninguno de nosotros podría reconstruir el camino por el que llegó a saberlo. Esa manera muy especial de saberlo, esa manera social, es la creencia, la certeza.

Insisto, una expresión como: "¿Usted sabe si ése es un árbol?" y la respuesta respectiva adquieren sentido si por algún motivo tenemos una duda acerca de si ése es o no un árbol; por ejemplo, si estamos en un estudio de televisión y en rigor preguntamos si ése es un árbol de verdad, un árbol auténtico y no un prodigio de utilería.

"¿Cómo sabe usted que se llama Ludwig Wittgenstein?", se increpa a sí mismo, retóricamente, Wittgenstein, con la voz de un anormal. El no podría responder: tengo conocimiento de que me llamo así porque he examinado mi partida de nacimiento y a partir de ese examen ahora tengo conocimiento, esto es, puedo dar razón fehacientemente, de que me llamo así. Pero es obvio que ninguna *prueba* sería adecuada en una situación habitual (aunque sería la única adecuada en el contexto muy especial de un estrado judicial). Más bien, una persona que no quisiera comprometerse en ninguna circunstancia a dar opinión alguna acerca de cómo se llama, antes de verificarlo en el Registro de las Personas, nos haría pensar que es un poco excéntrica, acaso anormal. ¿De qué modo he llegado a saber cómo me llamo? Porque todo me lo indica así desde que tengo memoria. Porque esa certeza está encadenada a muchas otras, tan básicas como ella. Si resultara que yo no me llamo Fulano de Tal, entonces las bases mismas de mis creencias, de mi confianza, se estremecerían. Y a partir de esa notable experiencia ya podrían surgir con bastante naturalidad preguntas como: ¿sabré hablar bien?, ¿sabré entender bien a los que hablan?

II

Recuperemos las expresiones iniciales del Viejo. Confiesa que después de la experiencia de encontrarse con el Joven trató de olvidarla "para no perder la razón". Recuerda que el hecho fue "casi atroz mientras duró y más aún durante las desveladas noches que lo siguieron". Reconoce "con horror" la voz del Joven. Todas estas expresiones responden a una conmoción de certezas básicas.

Wittgenstein planteaba el caso de una duda habitual sobre el propio nombre: aquí no hay duda sobre el nombre sino sobre el portador del nombre. ¿Quién es Jorge Luis Borges? La relación entre ambos es asi-

métrica. El Joven insiste en que él es JLB. El Viejo quiere que el Joven admita que el Viejo es la posteridad de él, es su futuro. Pensemos en algo que el relato no trae: si alguno de los dos renunciara a su nombre la tensión entre ambos desaparecería pero en ese caso el que declinara posiblemente habría decidido perder la razón.

El Viejo ofrece una batería de pruebas que corresponden a cosas que sólo él y el chico saben: le describe objetos únicos que hay en la casa, le describe minuciosamente el contenido del armario de su dormitorio en Ginebra, el orden en que están los libros. Un detalle singular: el tema de un libro vagamente erótico que está escondido tras la fila de libros y que sólo ellos conocen. Añade un dato confesional: "No he olvidado tampoco un atardecer en un primer piso de la plaza Dubourg." "-Dufour" -corrige el Joven y el Viejo acepta la corrección.

No es sólo un agudo comentario del Viejo: ésta es acaso la primera vez que Borges revela en público circunstancias de su no muy feliz iniciación sexual en Ginebra. (Veo una referencia velada y fugaz en "Las Previsiones de Sangiácomo", *Seis Problemas para don Isidro Parodi*, OC III, pp. 83-4).

III

El joven rebate por primera vez las razones del viejo: "Esas pruebas no prueban nada. Si yo lo estoy soñando, es natural que sepa lo que yo sé. Su catálogo prolijo es del todo vano".

El uso elusivo que hacemos los argentinos del castellano no nos ayuda mucho. Digámoslo en el castellano de los españoles: si yo lo estoy soñando a usted, es natural que usted, en mi sueño, sepa lo mismo que sé yo de usted en la vigilia. Y no es imposible que el chico esté soñando.

El seguidor de Berkeley tiene que admitir ese reparo. Responde "Si esta mañana y este encuentro son sueños, cada uno de los dos tiene que pensar que el soñador es él. Tal vez dejemos de soñar, tal vez no. Nuestra evidente obligación, mientras tanto, es aceptar el sueño, como hemos aceptado el universo y haber sido engendrados y mirar con los ojos y respirar." "-¿Y si el sueño durara?- dijo con ansiedad". El Viejo inventa una respuesta, "para tranquilizarlo y tranquilizarme." "-Mi sueño ha durado ya setenta años. Al fin y al cabo, al recordarse, no hay persona que no se encuentre consigo misma. Es lo que nos está pasando ahora, salvo que somos dos". (Aquí tenemos para "despertarse", la antigua expresión criolla "recordarse" que sugiere que el sueño es co-

mo un olvido). La "explicación" del Viejo es lógicamente bastante floja: postular que el sueño no es la realidad porque al despertarse uno se encuentra consigo mismo, es un razonamiento claramente circular; pero esa evidente debilidad lógica acentúa su función de consuelo.

El Viejo ha propuesto algo así como un contrato: supongamos que esto es un sueño y que cada uno está soñando al otro; y continúa mencionando episodios tan íntimos que sólo los pueden saber los dos: cuenta cosas de la madre, de la muerte del padre, de la muerte de la abuela, de su hermana. Pregunta, maravillosamente: "A propósito, en casa ¿cómo están?" El Joven responde: "Padre siempre con sus bromas contra la fe. Anoche dijo que Jesús era como los gauchos, que no quieren comprometerse, y que por eso predicaba en parábolas." Obviamente un recuerdo auténtico del librepensador. El Viejo (y también el escritor argentino Jorge Luis Borges) aprovecha para opinar sobre la actualidad internacional y argentina. Pronto advierte que el joven no lo oye. Comenta: "El miedo elemental de lo imposible y sin embargo cierto lo amilanaba." La certeza de lo imposible, la conmoción de las creencias fundamentales.

Siguen hablando, ahora de literatura. El joven lee a Dostoievsky y naturalmente ha leído *El Doble*. Tiene en su mano un volumen, *Los Poseídos* o *Los demonios*. El Viejo pregunta: "–Se me ha desdibujado. ¿Qué tal es? No bien lo dije, sentí que la pregunta era una blasfemia. –El maestro ruso –dictaminó– ha penetrado más que nadie en los laberintos del alma eslava."

El Viejo cierra el incidente: "Esa tentativa retórica me pareció una prueba de que se había serenado."

(Aquí no puedo mostrar cuántas delicadezas y sutilezas hay en ese precioso diálogo donde aparece desdoblado el destino literario de Borges. Para que el diálogo sea verosímil Borges acumula hasta el vértigo referencias literarias, lo que era habitual en su conversación).

IV

Súbitamente el Joven presenta su segundo intento de rebatir al Viejo: "–Si usted ha sido yo, ¿cómo explicar que haya olvidado su encuentro con un señor de edad que en 1918 le dijo que él también era Borges?"

Para salir del paso, el Viejo inventa que trató de olvidar un hecho tan extraño y añade esta reflexión posiblemente para calmarse: "Nuestra conversación ya había durado demasiado para ser la de un sueño." Recordemos que cuando ambos decidieron admitir que estaban soñando

el chico preguntó ansioso: “¿Y si el sueño durara?” Ahora es el Viejo el que siente esa ansiedad. Su decisión de no admitir que están soñando porque el sueño ha durado demasiado carece de fundamento: ¿quién dictamina cuán prolongada ha de ser la sensación de estar soñando?

De pronto el Viejo se ilumina: “-Yo te puedo probar inmediatamente -le dije- que no estás soñando conmigo. Oí bien este verso, que no has leído nunca, que yo recuerde. Lentamente entoné la famosa línea: *L'hydre-univers tordant son corps écaillé d'astres.*” (En una traducción imposible: La constelación de la hidra, rotando su cuerpo escamado de astros.)

“Sentí su casi temeroso estupor. La repitió en voz baja, saboreando cada resplandeciente palabra. -Es verdad -balbuceó-. Yo no podré nunca escribir una línea como ésa”. El Viejo acota: “Hugo nos había unido.”

Pareciera que el Viejo ha logrado su propósito, pero Borges distrae de ese acuerdo trayendo una discusión anterior en que los dos se enredaron sobre un poema de Whitman en que celebra estar con su amada junto al mar. El Viejo sugiere que si Whitman cantó esa escena es porque la deseaba y no sucedió. El poema gana, sugiere, si es la expresión de un deseo, no la crónica de algo que sucedió. Del poema se pasa al poeta, venerado por el Joven. El Viejo acota: “Medio siglo no pasa en vano. Bajo nuestra conversación de personas de miscelánea lectura y gustos diversos, comprendí que no podíamos entendernos. Eramos demasiado distintos y demasiado parecidos.” Y aquí una de las más profundas observaciones de Borges que sólo podemos saborear: “No podíamos engañarnos, lo cual hace difícil el diálogo.”

El Viejo hace el último intento.

V

Le pide al Joven dinero. Este le da un escudo de plata. El Viejo le da un billete americano, “uno de esos imprudentes billetes americanos”, dice el Viejo casi ciego, “que tienen muy diverso valor y el mismo tamaño.” El chico lo mira ávidamente y grita: “-No puede ser. Lleva la fecha de mil novecientos sesenta y cuatro.” El Viejo acota entre paréntesis “(Meses después alguien me dijo que los billetes de banco no llevan fecha.)”

El Joven dice “-Todo esto es un milagro y lo milagroso da miedo. Quienes fueron testigos de la resurrección de Lázaro habrán quedado horrorizados.” “No hemos cambiado nada -piensa el Viejo- siempre las reflexiones librescas.” Nos interesan dos referencias evangélicas: en

una el padre de Borges examina el estilo de Cristo ("habla en parábolas"); en la otra el milagro de Lázaro es sólo un pasaje más de un texto antiguo.

El muchacho rompe el billete. El Viejo arroja la moneda al río y falla. No puede sumergir el disco de plata en el río, en la corriente del tiempo, según la metáfora de Heráclito que el narrador se regala al sentarse en el banco frente al Charles.

Concuerdan en verse al día siguiente. El chico dice, sin mirar el reloj, que se le ha hecho tarde. "Los dos mentíamos –comenta el Viejo– y cada cual sabía que su interlocutor estaba mintiendo." Se despiden sin tocarse y el Viejo no vuelve al día siguiente; supone que el Joven tampoco volvió.

El Viejo confiesa que ha cavilado mucho sobre el encuentro y cree tener la clave:

El encuentro fue real, pero el otro conversó conmigo en un sueño y fue así que pudo olvidarme; yo conversé con él en la vigilia y todavía me atormenta el recuerdo.

El otro me soñó, pero no me soñó rigurosamente. Soñó, ahora lo entiendo, la imposible fecha en el dólar.

VI

Este es un enigma, o una sucesión de enigmas. Primero se afirma que el encuentro fue real. Pero si el encuentro fue real entonces los dos estaban en vigilia. El Viejo habla desde su perspectiva: fue real para él. Añade que el otro conversó con él en un sueño mientras que él, el Viejo, conversó en vigilia. Entonces el Viejo reconstruye así el incidente: el encuentro fue real para el Viejo y fue un sueño para el Joven. La prueba de esto es que el Joven (es decir el Viejo cuando era el Joven) olvidó que ya había tenido ese encuentro, mientras que el Viejo no lo puede olvidar y lo atormenta en la vigilia. Está despierto; volviendo a la antigua palabra criolla, está recordado, no lo puede olvidar. El Viejo ha dividido la escena en dos hemisferios: en uno está él, es la mitad de vigilia, en el otro está el otro, es el hemisferio del sueño.

Hay un detalle incómodo: han conversado. El Viejo piensa que el otro conversó con él en un sueño. "El otro me soñó", dice el Viejo. Es decir, yo, para el otro, fui un sueño. Pero entonces el diálogo del Viejo aparece contaminado de circunstancias oníricas. Algunas aparecen al pasar en los últimos párrafos. El Viejo falla al arrojar la moneda al río, como en un sueño. Los dos no se tocan al despedirse, como en un sueño.

Escuchemos la última línea. Más de una vez Borges se propuso escribir un relato en cuya última línea hubiera un detalle fantástico que modificara retroactivamente toda la composición y obligara a leerla de nuevo bajo una nueva luz. Y más de una vez escribió bajo esa consigna y logró el efecto deseado. En este caso lo que he malamente glosado es un texto cifrado. Podemos conformarnos con una lectura superficial que es ciertamente grata y aleccionadora. Pero también podemos intentar una lectura profunda. Varias composiciones de Borges ofrecen esa posibilidad. Acaso ésta no sea una excepción.

El texto final dice: "El otro me soñó, pero no me soñó rigurosamente. Soñó, ahora lo entiendo, la imposible fecha en el dólar." Recordemos que el muchacho ha leído en el billete que le tendió el Viejo la fecha de mil novecientos sesenta y cuatro. Recordemos también que el Viejo añadió entre paréntesis que le han dicho -no olvidemos su ceguera- que los billetes norteamericanos no tienen fecha. Ahora bien, todos esos billetes realmente tienen fecha.

Entonces el efecto de ambigüedad artística que ha logrado Borges es múltiple. Hasta puede ser que la última línea revele que el que estuvo en vigilia fue el Joven y que el soñador fue el Viejo. Si bien debido a su ceguera el Viejo no podía ver los guarismos en los billetes de dólar "alguien" se lo dice meses después. Aquí hay una ambigüedad artística: ese "alguien" es real o es un invento del Viejo. Si es real, ¿cómo puede ser que se equivoque respecto de que los billetes de dólar no tienen fecha? Sería plausible que confesara su ignorancia. ¿Sabe alguno de ustedes si los billetes de pesos argentinos tienen fecha? Es razonable que respondan que no lo saben. Pero que digan, sin saberlo, que la tienen (pese a la paridad, nuestros papeles, ay!, difieren en muchas cosas, entre otras en que los nuestros no tienen fecha) ya no parece un error sino algo más próximo a un invento, una fantasía o un sinsentido. El que le dice al Viejo que los billetes de dólar no tienen fecha parece una figura que habla sin sonido, en un sueño.

Aquí hay un desafío a nuestra capacidad de creación, a nuestra entereza para volver al comienzo y releer y probar diversos desarrollos. El ideal de un cuento borgeano es encerrar infinitas posibilidades. Ese múltiple placer se los dejo a ustedes. Pero si en algún momento se confunden y ya no saben diferenciar bien el sueño de la vigilia les pido que se concedan el vértigo momentáneo de pensar que ustedes también pueden ser episodios de un sueño de "Otro".

VII

Un par de observaciones finales. Éste no ha pretendido ser un estudio detallado de una composición de Borges sino una invitación a su lectura. Las mínimas gotas de filosofía que administré al comienzo son suficientes y acaso sobran para seguir algunos meandros del texto. Ahora todo depende de la fantasía del lector. Para no entorpecerla no he hecho una sola referencia a los muchos textos que comunican, y seguramente no alivian, esta obsesión. Nada erudito nos puede ayudar aquí.

A lo largo de este breve cuento el Joven y el Viejo Borges hablan constantemente de literatura. Han vivido constantemente rodeados de literatura, sus vidas, las exaltaciones de sus vidas consistieron casi exclusivamente en eso. No es curioso entonces que las ficciones compartidas, y hasta las que alguno ignora, operen como criterios de realidad. El efecto puede ser más profundo, eso depende del lector, del "tercero", como lo llamó al comienzo. Permítanme sólo una sugerencia, un estímulo.

Borges hizo notar que en el *Quijote*, en *Hamlet*, en las *Mil y Una Noches*, en el *Ramayana*, los personajes asisten de algún modo a la obra que los narra, si ustedes quieren, que los escribe. Borges pudo recordar los ejemplos más próximos a nosotros de *Niebla* o la *Vida de don Quijote y Sancho* de Unamuno o los *Seis personajes en busca de un autor* de Pirandello. Nosotros podemos evocar el film de Allen, *La Rosa púrpura del Cairo*. Ahora bien, al comienzo de nuestro relato el autor aspira a salir de la terrible duplicación que ha vivido y que no lo abandona y llegar a ser un tercero, un lector más de su cuento. Esto no es banal. Evidentemente Borges sugiere que el Viejo quiere que le ocurra algo similar a lo que le ocurre a Hamlet, que contempla una tragedia casi idéntica a *Hamlet*. Aquí tenemos un punto interesante de reflexión. Sólo voy a sugerir un posible desarrollo, de los muchos que se ofrecen. Ante este tipo de ficciones Borges escribió una vez: "si los caracteres de una ficción pueden ser lectores o espectadores, nosotros, sus lectores o espectadores, podemos ser ficticios" ("*Magias parciales del Quijote*", *Otras Inquisiciones*, OC I, p. 669; cf. R. Paoli. *Borges. Percorsi di Significato*. Messina/Firenze, D'Anna, 1977, pp. 48-9).

Si el Viejo consigue ser un lector de "El Otro" entonces nosotros...

Nota

Si lo que creemos haber visto antes, *efectivamente* lo hemos visto antes, esto puede integrar un argumento en favor del eterno retorno. Borges ha desechado esa hipótesis: “el recuerdo importaría una novedad que es la negación de la tesis”. Los partidarios del eterno retorno olvidan “que el tiempo lo iría perfeccionando [al recuerdo] hasta el ciclo distante en que el individuo ya prevé su destino, y prefiere obrar de otro modo...”. Por otra parte Borges señala que Nietzsche nunca utilizó ese argumento, (“La doctrina de los ciclos”, OC I, p. 390).

Borges transcribe en francés un juicio de su amigo Néstor Ibarra:

También ocurre que alguna percepción nueva nos impresiona como [si fuera un] recuerdo, [de modo] que creemos reconocer objetos o accidentes que sin embargo estamos seguros de encontrar por primera vez. Me imagino que aquí se trata de un curioso comportamiento de nuestra memoria. Una percepción cualquiera ocurre antes, pero *bajo el umbral del consciente*. Un instante después, actúan las excitaciones, pero esta vez las recibimos *en el consciente*. Se dispara nuestra memoria y nos ofrece eficazmente el sentimiento de lo “ya visto”; pero ella localiza mal esa recordación (rappel). Para justificar que es débil y turbia le suponemos un considerable retroceso en el tiempo; acaso la enviamos aún más atrás de nosotros mismos, en el doblamiento [redoublement] de alguna vida anterior. En realidad se trata de un pasado inmediato; y el abismo que nos separa de él es el de nuestra distracción” (*ibid.*, p. 390, nota).

Si la distracción se debiera al cansancio –y esto es verosímil– estamos en la doctrina que evoca el texto, cuarenta años después.